

UN POETA DE CARACAS

Caracas fué la Atenas de América en aquellos tiempos postrimeros del régimen colonial en que las ideas de libertad y de reforma llanaban sigilosamente á las puertas de las ciudades provocando mil extraños ecos en las almas dormidas, en tanto coloreaban el cielo los albores de la Revolución.—Esas huéspedes inquietantes se enseñorearon pronto de la cuna de Bolívar y de Miranda.—La civilización, que ama al mar, según la frase del poeta, tuvo fáciles vías para llegar al seno de aquella ciudad dominadora de un Mediterráneo americano, sobre el que su hábito fecundo flotaba empujando a la vez los vientos del Norte y del Naciente.—El genial viajero del *Cosmos*, que realizaba, por entonces, el viaje memorable del que ha podido decirse que tuvo la significación de un segundo descubrimiento de nuestra América, saludó en aquella sociedad juvenil y culta el impaciente despertar de las energías de la mente americana, ávida de toda novedad y toda ciencia, é inclinándose con irresistible impulso á recibirlas, no de otro modo que como la planta que crece envuelta por la sombra se tiende al lado de la luz. Se respiraba en sus aulas el espíritu nuevo. Cundía en ella el amor á todo delicado cultivo del espíritu. Y en sus tertulias literarias se diseñaba el brote de una gloriosa figura de poeta y pensador, á la que estaba reservada, en la escena de la América libre, uno de los pedestales más altos: la figura de Bello, educador de hombres y naciones.

El recuerdo de esta tradición honrosa de cultura, cuyo florecimiento inspira á la palabra de Humboldt el tono de una sincera admiración, en ciertas páginas del *Viaje á las regiones equinociales*, despierta frecuentemente en nosotros, evocado por las manifestaciones de la actividad inteligente de una juventud que se levanta hoy, en la patria del Libertador, tan animada de inspiraciones generosas como dueña de las armas que hacen vencer en los combates reales del pensamiento y en los torneos y las justas del arte.

La comunicación, relativamente estrecha, que la redacción de la REVISTA NACIONAL mantiene con los centros de más intensa vida y de mayor influjo en el movimiento literario del Continente, permitiéndole triunfar en cierto modo de las dificultades del deplorable aislamiento moral é intelectual en que aún los pueblos americanos viven, nos autorizan para afirmar el alto papel que, en la cultura contemporánea de América, desempeña la joven y pensadora de Caracas.

A ese grupo animoso pertenece el autor de los sonetos y varoniles versos que, á continuación de este improvisado comentario de la personalidad del poeta, publica la REVISTA NACIONAL en sus columnas. Andrés A. Maza merece que el brillante y distinguido que forma justamente el nombre en el centro cultural que su talento contribuye á animar y esclarecer, alcance la sanción

de la unanimidad del público inteligente de nuestra habla.

Tengo aquí sus *Pentélicas*, á las que precede un prólogo magistral de Vargas Vila. El alma apasionada del autor de las *Providenciales* y su talento ático, eran propios para comprender y definir campadamente la poesía que tiene por cauce las páginas que siguen á su prólogo.—Brava y severa es esta poesía en su entonación, á un tiempo profundamente original y de noble estirpe clásica; correcta, con la desembarazada corrección que no entorpece, sino realza y magnifica, la espontaneidad y la libertad de la forma; y altiva y espartana por el espíritu, por las ideas, por los sentimientos. *Corazón de acero en pecho de mármol*, diría Teófilo Gautier.

Poeta de pensador y de soldado en la gran lucha de la vida, uenay, sin duda, en esta condición uno de sus títulos más altos. Lo tiene, sobre todo, si se atiende á que la juventud que se levanta en nuestros pueblos, no suele preocuparse gran cosa de poner en su poesía motivos para pensar ni para sentir, asaz empuñada, como está, en hacer campo aparte de su manifestación literaria, con relación á todas las actividades de la vida que no sean las del libre imaginar y el arte puro.

Muy ávido á que la poesía americana abra su espíritu á las modernidades corrientes del pensamiento y la emoción, se inicia en los nuevos ritos del arte, acepte los procedimientos con que una plástica sutil ha profundizado en los secretos de la forma, no me avengo igualmente á que, extremando y sacando de su cauce eudógna, bueno en sí, de la independencia y el desinterés artísticos, rompa toda solidaridad y relación con las palpitanes oportunidades de la vida y los altos intereses de la realidad.—Vejo en esta ausencia de contenido humano, duradero y profundo, el peligro inminente con que se ha de luchar en el rumbo marcado por nuestra actual orientación literaria. Al modernismo americano le matará la falta de vida psíquica. Se piensa poco en él, se siente poco. Le domina con demasiado imperio un vivo afán por la novedad de lo aparente, que tiende á la frivolidad muy cercana. Yo le he comparado una vez con el mundo de puerilidades ligeras y graciosas del Japón de Loty, y confieso que si el arte de América ha de ser forzosamente todavía un arte niño, un arte de iniciación, prefiero que le pódamos simbolizar en aquel niño pensativo del *Tentando via* de Hugo — pensador precoz—ó en el Alcides infante de la fábula que estranguja entre sus dedos la serpiente. Á que le veamos jugar, en una escena de bizar japonés, al juego literario de los colores, ó solazarse en los jardines de árboles increíbles y palmeras enanas.

A Rubén Darío le está permitido emanciparse de la obligación humana de la vida, refugiarse en el Oriente ó en Grecia, ó en el mundo de los abates palmas, ó en el mundo de las mariposas, ó en el mundo de las plantas que crecen en las montañas, ó en el mundo de las cosas que se ven en el cielo, ó en el mundo de las cosas que se ven en el agua, ó en el mundo de las cosas que se ven en el aire, ó en el mundo de las cosas que se ven en la tierra, ó en el mundo de las cosas que se ven en el agua, ó en el mundo de las cosas que se ven en el aire, ó en el mundo de las cosas que se ven en la tierra. — Pero los límites deben caer e-

castigo, pues es de ellos la culpa. Á los imitadores ha de considerárselos los falsos democratas del arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al bajar á la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando á las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

El poeta de *Pentélicas* (cosa rara dentro de la nueva generación americana) nada debe á la genialidad del poeta de *Asul*. Otro carácter, otra naturaleza. Para comprobarlo, bastaría decir sobre qué canta.

La candorosa altivez del bohemio desamparado y generoso que marcha, sobre las espigas de la vida, á su sueño; la gloria de la redención del vicio miserable por el sobrehumano esfuerzo del amor; la poesía de los odios justos, — los que vibran en la indignación del espectador de la iniquidad, en las iras vengadoras de los pueblos, en el hambre y sed de justicia del oprimido; la profética visión de las grandes y justicieras reparaciones del futuro; tales son los motivos de inspiración á que obedece el nomenclador del poeta de Caracas, tales son los hilos de bronce que urden la malla de *Pentélicas*.

El Poeta es, entre artistas, *hombre de muchas almas*, como se dijo una vez de Buonarroti. El Poeta, considerado en la plenitud de su naturaleza y de su mente divina, es, al mismo tiempo, el héroe, el tribuno, el escultor, el pintor, el músico, el vidente. Pero cada una de estas almas parciales prevalece, al encarnarse en forma viva, sobre las otras, y pone su sello á la naturaleza personal del elegido. — El autor de *Pentélicas* participa, más que de ninguna otra, del alma de bronce del tribuno. — Su inspiración fluye casi constantemente del contacto con ideas y pasiones que interesan á muchas almas; su entonación es la de la palabra que se cierne sobre la muchedumbre, no la de la que se insinúa en las intimidades de la confidencia; la armonía propia de sus versos es de aquellos que piden, para ser gustadas plenamente, el auxilio de la voz vibrante y poderosa que convierte la letra fría en vivo impulso de las ondas del aire.

Aquellos que hayan educado su gusto en la contemplación del panorama ameno del *Korackimpen*, — la poesía de la variedad amable, — acaso echarán de menos en el poeta aquel privilegio de varia y flexible adaptación que imprime carácter á la tradición literaria que aman, arbusto aclimatable en tan diversas latitudes del sentimiento. — Un poco estoico, su poesía no está dotada de esgracioso eclecticismo de la sensibilidad. — Conoce el arte de templar el verso para que hiera y no le sabe domar para que arrulle. — La astrofa delicada y galante tema, como involuntariamente, en sus labios, el sesgo del pensamiento grave y la pasión intensa. Modificando una imagen de Masset, podría decirse que como cuando vuelan bajo, sus alas rozan la crestería vieja de la almena. En cambio, cuando insepia, cuando muere, cuando calma, se reconoce á una naturaleza que se mueve su ley. Es el poeta que, en medio de la imprecación de la invención, pasa por sus estrofas, á menudo, el agua de Barbery, de Nuñez de Arce y de Tassara.

Nada pródiga del color y la luz, pero firme y severa en los lineamientos, no descompuestos nunca por la crispatura nerviosa de la emoción—mal grado la vehemencia con que el poeta siente y la verdad con que lo expresa—la forma poética, en este Simónides de una joven democracia, armoniza cumplidamente con la austeridad viril del contenido. -- Noble y sonora siempre, caracteriza la á menudo por el tono que indica la confluencia de la lírica con la oratoria, reviste, con frecuencia también, la majestuosa amplitud del verso clásico: unas veces, remedando en el verso «las líneas puras de un mármol cincelado por Ictinius»; otras veces, tal como el verso clásico salió de las forjas de aquella audaz y batalladora poesía del siglo XVIII, que hizo descender á la lírica á la caudante arena de la Revolución, remozando los acentos de Píndaro y la voz de Tirteo.

No se busque en sus versos el estudio curioso del pormenor, grato á artifices exquisitos; ni, entre los instrumentos propios de su arte, el diamante aguzado del lapidario. Búsquese la huella del recio martillo del escultor. Admírese la fuerza, la majestad, el toque amplio y seguro, «la locución caudalosa que se espacia de una á otra margen del endecasílabo,» para valerme de una frase de Ixart, y el rojo verbo pindárico que pone fuerza y luz, como de máquina de guerra, en el estilo.

Revelación exacta de la poética individualidad del autor será la vigorosa composición que luce al pie de estas líneas que terminamos, para quien desconozca los versos vibrantes de *Pentélicas*. — En tierra americana, no sobran hoy quienes hagan resonar de tal modo la cuerda áspera del yambo.—¿Habrá quien diga que es porque pasaron ya las cosas merecedoras de la ira sagrada de los poetas en tierra americana?